

INTRODUCCIÓN

Algunos nacen con tendencias naturales a la compasión. Desde su más tierna infancia dan muestras de una benevolencia espontánea respecto a quienes les rodean, incluidos los animales. Ese no fue mi caso. De familia bretona, fui a pescar hasta los catorce años. También recuerdo que de muy pequeño me dedicaba con compañeros del colegio a abrasar hormigas concentrando sobre ellas los rayos del sol a través de una lupa. Si miro hacia atrás me siento avergonzado, pero, sobre todo, desconcertado ante la idea de que ese comportamiento me pareciese normal. Cuando tenía cinco años, en México, mi padre me llevó a ver corridas de toros. Eran una fiesta, la música resultaba estimulante... A todo el mundo le parecía estupendo. ¿Por qué no me fui corriendo y llorando? ¿A causa de una falta de compasión, de educación o de imaginación? No se me ocurrió intentar ponerme en el lugar del pez, de la hormiga ni del toro. ¿Es que tenía el corazón endurecido? ¿O es que simplemente no había pensado, abierto los ojos?

Hizo falta tiempo para que se operase en mí una toma de conciencia. Viví varios años con una de mis abuelas, que gozaba de todas las cualidades que podría esperarse de una abuela. Como a tanta gente, por otra parte buenos padres y buenos hijos, le encantaba la pesca con caña. Cuando estábamos de vacaciones, solía pasarse las tardes pescando en la orilla de un lago o en los muelles del Croisic, con otras ancianas bretonas que segúan llevando la cofia de encaje blan-

co del País Bigouden. ¿Cómo esas personas encantadoras podrían haber deseado causar daño alguno a nadie ni a nada? En el extremo del anzuelo, los pececillos que coleaban al salir del agua refulgían a la luz. Sí, es verdad, estaba ese momento terrible, cuando se asfixiaban en la cesta de mimbre y los ojos se volvían vidriosos, pero yo apartaba enseguida la vista.

Años más tarde, cuando ya tenía catorce años, una amiga me comentó a bote pronto: «¿Cómo? ¿Así que pescas?». Su voz y su mirada, a la vez sorprendidas y reprobadoras, resultaban suficientemente elocuentes.

«¿Así que pescas?» De repente la escena me pareció muy distinta: el pez arrancado de su elemento vital mediante un gancho de hierro que le traspasa la boca, asfixiándose en el aire como nosotros nos ahogamos en el agua. Y para atraer al pez hacia el anzuelo, ¿no había yo atravesado también a una lombriz para contar con un cebo vivo, sacrificando una vida para destruir con más facilidad otra? ¿Cómo había conseguido apartar durante tanto tiempo mi pensamiento de esta realidad, de estos sufrimientos? Renuncié de inmediato a la pesca, con el corazón encogido.

Sí, es verdad, comparado con los dramas que devastan la vida de tantos seres humanos en el mundo, mi preocupación por los pececillos pudiera parecer de risa. Pero para mí fue un primer clic.

A los veinte años dispuse de la gran oportunidad de conocer a maestros espirituales tibetanos que desde entonces han inspirado cada instante de mi existencia. Su enseñanza estuvo centrada sobre la vía real del amor y de la compasión universal.

Aunque durante mucho tiempo no supe ponerme en el lugar del otro, estudiando con esos maestros poco a poco aprendí el amor altruista abriendo, de la mejor manera que pude, mi mente y corazón al destino de los otros. Me he formado

en la compasión y he reflexionado mucho en la condición humana y en la de los animales. Me queda por delante un largo camino, y continúo haciendo todo lo que puedo para avanzar en mi comprensión de las enseñanzas recibidas.

Nada más lejos de mi ánimo que lanzar piedras a quienes, de una forma u otra, hacen sufrir a los animales de manera a menudo irreflexiva, como hacía yo mismo. Sí, en efecto, es muy difícil asociar los objetos y productos de consumo más corrientes, incluyendo los alimentos y los remedios que a veces nos salvan la vida, a los sufrimientos animales que entrañan su producción en la mayor parte de los casos. Las tradiciones culturales también desempeñan un importante papel en nuestra percepción de los animales, nuestros compañeros en este planeta. Algunas sociedades han desarrollado esquemas de pensamiento colectivo que les incitan a considerar que todos los animales están ahí solo para servir a los humanos, mientras que otras tradiciones consideran desde hace tiempo que todo ser, humano o no humano, debe ser respetado.

Este libro es una continuación lógica y necesaria de *Plaidoyer pour l'altruisme*.¹ Tiene por objeto evidenciar las razones y el imperativo moral que justifican ampliar el altruismo a todos los seres sensibles, sin limitación de orden cuantitativo ni cualitativo. Nadie duda de que existan tantos sufrimientos entre los seres humanos en el mundo que podríamos pasarnos la vida entera tratando de aliviarlos, aunque solo fuese una cantidad ínfima. De todas maneras, preocuparse de la suerte de alrededor de las 1,6 millones de otras especies que pueblan el planeta no resulta ni irrealista ni fuera de lugar, pues, la mayor parte del tiempo, no es necesario elegir entre el bienestar de los humanos y el de los animales. Vivimos en un mundo esencialmente interdependiente, donde la suerte de cada ser, sea el que sea, está ínti-

mamente ligada a la de los demás. No se trata pues de ocuparse *más* que de los animales, sino de ocuparse *también* de los animales.

Tampoco se trata de humanizar a los animales o de animalizar al ser humano, sino de extender nuestra benevolencia a ambos. Esta extensión es en primer lugar una cuestión de actitud responsable hacia lo que nos rodea, más que de destinar parte de los limitados recursos de que disponemos para actuar en el mundo.

Este libro es también una invitación a una toma de conciencia: a pesar de nuestro maravillamiento frente al mundo animal, perpetramos una masacre de animales a una escala sin igual en la historia de la humanidad. Todos los años se matan 60 millardos de animales terrestres y 1.000 millardos de animales marinos para nuestro consumo.

Además, esas matanzas masivas y su corolario —el consumo excesivo de carne en los países ricos— son, y así lo demostraremos, una locura global: alimentan el hambre en el mundo, aumentan los desequilibrios ecológicos y son nocivas para la salud humana.

La producción industrial de carne y la sobrepesca de los océanos son sin duda el problema más importante, pero la falta de respeto por los animales en general también conduce a matar y hacer sufrir a un gran número de ellos, utilizados en experimentos animales, en el tráfico de animales salvajes, la caza y la pesca deportivas, las corridas, el circo y otras formas de instrumentalización. Por otra parte, el impacto de nuestra manera de vivir en la biosfera es considerable: al ritmo actual, el 30% de *todas* las especies animales habrán desaparecido del planeta de aquí a 2050.²

Vivimos en el desconocimiento de lo que infligimos a los animales (muy pocos de nosotros hemos visitado un criadero industrial o un matadero) y mantenemos una forma de es-

quizofrenia moral que nos empuja a ocuparnos enormemente de nuestros animales de compañía a la vez que hincamos el tenedor a los millones de cerdos que se envían al matadero, aunque no son menos conscientes o sensibles al dolor e inteligentes que nuestros perros o gatos.

Este alegato es una exhortación a cambiar nuestra relación con los animales. Una exhortación que no es una simple reprimenda moral, sino que se basa en los trabajos de evolucionistas, etólogos y filósofos respetados en todo el mundo. Los estudios que mencionamos en este libro vierten luz sobre la riqueza de las capacidades intelectuales y emocionales, a menudo ignoradas, con las que están dotadas una gran parte de las especies animales. También demuestran la continuidad que une al conjunto de las especies animales y que permite reconstruir la historia evolutiva de las especies que habitan actualmente el planeta. Desde la época en que tuvimos antepasados comunes con otras especies animales, hemos llegado al *Homo sapiens*, a lo largo de una larga serie de etapas y de cambios mínimos. En el seno de esta lenta evolución, no existe ningún «momento mágico» que nos permita atribuirnos una naturaleza fundamentalmente distinta de las numerosas especies de homínidos que nos han precedido. Nada justifica el derecho de supremacía total sobre los animales. El punto común más sorprendente entre el humano y el animal es la capacidad de experimentar sufrimiento. ¿Por qué seguimos ciegos, a principios de este siglo XXI, a los inconmensurables dolores que les ocasionamos, sabiendo que una gran parte de los sufrimientos que les infligimos no son ni necesarios ni inevitables? Además, no existe justificación moral alguna al hecho de imponer sin necesidad el sufrimiento y la muerte a nadie.